JOSÉ ORTIZ REYES, *Simache*.—Lima, Taller Gráfico de P. Barrantos C., 1941. 116 pp.

La hacienda algodonera de Simache da acentuada tonalidad blanca al fondo de esta novela de José Ortiz Reyes, fresco movable sobre rodaje poético, avanzando por un camino que lleva a escenas de amor, de naturaleza, de injusticia social. Esta temática se presenta en trabazón tan fina que pasamos del idilio al drama sin descubrir las ataduras con que el autor fué asegurando cada uno de los resortes constructores de la novela.

En abril, a las seis de la mañana, un hombre y una mujer —así los llama el autor a través del relato, acaso como símbolo de la pareja humana que el amor hace unir y fructificar— viven la mañana de sus bodas. La casa les espera en la colina asomante entre sembrados de algodón. Allí la mujer tímida se entrega al hombre fuerte de moreno rostro suavizado por luz de ternura. El grito de los gañanes azuzando las yuntas y el canto de los pájaros salen de la luz que alumbra todo: el nupcial acontecer y el plateado espinazo de las lagartijas.

"El niño nació cuando la tierra verdeaba". Ahora el hombre, la mujer y el niño nos dan en su pensar y en sus palabras los incidentes de la vida en la hacienda de Simache: la cosecha del algodón, las faenas de las chinasy los cholos entre risas y encuentros amorosos, el "cuadrar" de la hacienda por hacendados sin escrúpulo que despojan a los cholos de tierras poseídas por sus antepasados desde época remota; el alzamiento y la venganza de los despojados. El autor descubre los pensamientos del niño, quien, desde que empieza a conocer, es el mejor vehículo de la creación novelesca. La manera como el conocimiento de la muerte, de la maldad, de la injusticia social va aclarándose en la mente del niño, es una bella revelación, acaso autobiográfica, de psicología infantil:

Los cinco años de su vida se llenaban del mundo de todos los días. Y el mundo no siempre era amable y bueno. Por eso él abría los ojos desmesuradamente y se quedaba con la vida prendida de las cosas.

En el último capítulo, "Las primeras letras", el niño y su hermanita son mandados a la escuela de las Garcías. Doña Paulita y doña Francisca intentan enseñar a leer a sus discípulos con la horrible pedagogía de la impaciencia y la incomprensión.

Las palabras coléricas de la maestra hacen temblar a los niños; las lecciones terminan en llanto. Hasta que llega Consuelo, la niña menor de la familia Zegarra, otro retrato infantil de suavidad y luz enternecedoras. La novela se interrumpe aquí con la muerte de Consuelo, después que con ella han aprendido los dos niños las primeras letras.

Los graciosos dibujos de Alejandra Rescaniére son acompañamiento adecuadísimo al arte de Ortiz Reyes; véase la delicada viñeta de la página 10, la ejecución infantil, sabiamente imitada en todas las ilustraciones.

Simache nos impresiona como la primera parte de una novela, como unas memorias de niñez. El lector queda esperando las memorias del adolescente y las del hombre, que nos darán acaso, si se escriben, apuntes complementarios para una visión integral del Perú.

CONCHA MELÉNDEZ,
Universidad de Puerto Rico.

XAVIER VILLAUURUTIA, *La biedra*. Pieza en tres actos.—México, Nueva Cvltvra, Tomo II, N° 1 (1941). 139 pp.

La pulcritud de la impresión revela que este breve libro fué hecho, bajo la dirección del autor, en la Editorial Cvltvra, de México, aunque no lleve pie de imprenta.

Dedicada *La biedra* a la actriz María Teresa Montoya, ésta la representó, primero en los Estados y después en la capital de la República Mexicana.

Quienes lean esta obra, escribió el que esto firma, a raíz de su presentación en México, percibirán, entre otras sutiles alusiones, las que el autor hace a una tragedia clásica: *Fedra* —que rima con “hiedra”—, cuyo hijastro, de quien la protagonista en una y otra obras se enamora, conserva en ésta el nombre helénico: Hipólito.

Pero no se trata aquí de una nueva versión de la obra antigua, como algunas realizadas por Cocteau, Giraudoux y Lenormand. Villaurrutia sólo proporciona la referencia, para que el lector cultivado goce, a la vez, por la evocación y los contrastes. En *La biedra*, parte de ese punto y se aleja de él, por caminos diferentes y, a la postre, casi opuestos. Toma por rumbos modernos, posteriores a Freud — como lo hizo, en algunas de sus obras, el último de los dramaturgos franceses mencionados.

En *La biedra*, de un modo más humano y lógico que en la conocida comedia dramática *La enemiga*, el galán pasa del odio infantil al amor de juventud, a través de las represiones de la adolescencia; pero aquí hay de por medio otro amor, al que se sacrificará aquél calladamente.

Por el desarrollo de la obra, que va en marcha ascendente de principio a fin, Villaurrutia confirma la buena opinión que de él se tiene, como autor teatral, desde que se estrenó su primera comedia. Es un escritor que conoce bien el terreno que pisa, como lo demuestran, en esta obra, el manejo de los personajes —aun del episódico, Julia, cuya animosidad filial sirve para que Ernesto (reminiscencias wildeanas)